



PIEDAD ALÓS

Los paisajes de Piedad Alós, siempre solitarios, prefieren los horizontes vespertinos, con luces doradas que son un verdadero tributo a Turner, pintor al que me imagino que Piedad admira por encima de todos. Pero en el fondo lo que hay es una sintonía con la sensibilidad, la temática y con el tratamiento del aire y del cielo, unas veces dorado y ardiente y otras blanquecino y frío, siempre con una atmósfera que lo envuelve todo, un velo sutil que, cuando se espesa se convierte en fría neblina.

Las composiciones oscilan entre la ortogonalidad constructivista de los motivos arquitectónicos y de los horizontes rigurosos, las fugas oblicuas de la rocas y los acantilados. En todo caso, la densa atmósfera pule y ablanda las aristas de las construcciones, cuya solidez parece peligrar, amenazando fundirse con el aire.

Piedad sabe que la grandeza de un cuadro no está en la relevancia del motivo representado. Por eso elige espacios que no lugares, muros traseros, zaguanes desiertos, ambiguos habitáculos que son más cuadro cuanto menos se acercan a lo verosímil. Así, en algunas obras alcanza un punto de ambigüedad que convierte la imagen de una construcción en la construcción de una imagen, en un juego de formas y matices de color donde la vista y la imaginación tienen un campo de diálogo inagotable.



Jesús Mazariegos

Crítico del Norte de Castilla. Enero 2.006
